

Techno-féodalisme. Critique de l'économie numérique, de Cédric Durand (2020)

París: Editions La Découverte, label "Zones", versión ePub.

Reseña por Adrien Sergent

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

En el momento en que se acelera la digitalización del mundo, el economista Cédric Durand diseña en profundidad con su libro "*Techno-féodalisme. Critique de l'économie numérique*" el modelo subyacente a tal proceso. Según el autor, lo que está en juego es nada menos que una regresión del capitalismo hacia un modo de producción comparable al feudalismo a pesar o gracias a los progresos tecnológicos. No se trata de una idea original y de hecho la introducción arranca con citas del universo ciberpunk y de su distopía describiendo un mundo dominado por grandes corporaciones intercambiando protección contra lealtad para con los que dependen de sus servicios. Un imaginario que resuena hoy en series como *Black Mirror* o en obras como *La era del capitalismo de la vigilancia* (2020) de Shoshana Zuboff. La particularidad de Durand es analizar esta mutación a través de la economía política, es decir no solamente desde el devenir de las libertades individuales pero sino también desde las interacciones con la esfera de la producción. No se pueden soslayar las retroalimentaciones entre las estrategias de ganancias de las plataformas digitales y el disciplinamiento que ocasionan, nos advierte el autor.

Tal vez varios lectores pasarán de largo al enterarse de la inscripción de Durand en un marco teórico marxista, pero se perderán sus planteos desafiantes sobre problemáticas vigentes y ante las cuales la economía *mainstream* carece de respuestas unívocas. Una sería por ejemplo la caída continua en los aumentos de productividad y de crecimiento observados desde ya varias décadas, pese a todas las innovaciones que revolucionaron nuestra vida con la irrupción de las tecnologías de la información y comunicación (TIC). Algo que angustiaba a más de un asesor económico hasta que el impacto de la COVID-19 cambió las prioridades. Sin embargo, dado el efecto catalizador de la pandemia en término de digitalización, encontrar explicaciones a esa paradoja sea tal vez más necesario que nunca.

El Consenso de la Silicon Valley

El primer capítulo empieza con una genealogía extensa de la llamada "ideología californiana"¹ (p.29). Durand narra esa improbable confluencia entre la contra-cultura hippie de los sesenta y los nuevos *entrepreneurs* adictos a los principios de libre mercado acerca del potencial liberador de las TIC. Estas nuevas tecnologías eran entonces vistas como los vectores de la autonomía individual y de la proyección a nivel global de un *way of life* emancipado de las grandes corporaciones y del *Big Government*. En esas páginas, abundan ejemplos ilustrativos de esta convergencia, como por ejemplo la trayectoria de Steward Brand pasando de la organización de los *acid tests* a la del *Global Business Network*. Se llega luego a los noventa donde se termina de forjar la hibridación tecnófila entre la contra-cultura californiana y la derecha del Partido Republicano "alrededor de la revista *Wired*, de la *Progress & Freedom Foundation* y del político republicano Newt Gingrich"² (p. 52). El autor identifica como momento clave la conferencia "*Cyberspace and the American Dream*" dada entre el 23 y 24 de agosto de 1994 en Atlanta donde se cristalizó un nuevo conservadurismo de la cual saldrá la *Carta Magna*. En la misma, se profetiza la entrada en una nueva era, la de la información, caracterizada por la "caída de la materia"³ (p. 56) y prescribiendo para su advenimiento la retirada del Estado, la intensificación de la competencia y la creación de nuevos derechos de propiedad intelectual para que el ciberespacio no caiga en manos del gobierno.

Con la entrada al siglo XXI, el autor destaca el establecimiento de lo que llama el Consenso de la Silicon Valley como superación del Consenso de Washington. Para diferenciarse de la visión estática de este último, demasiado enfocada sobre la eficiencia de los mercados para asignar recursos, la nueva ideología

1 Traducción propia.
2 *Ibid.*
3 *Ibid.*

pone el acento sobre el aspecto dinámico del capitalismo, es decir la destrucción creativa ocasionada por la innovación tecnológica. Durand habla entonces de un mito cuyos elementos constitutivos son: “1) la dinamización continua de las estructuras económicas gracias a la sed de aventura de los *startups*; 2) la apología de la autonomía y de la creatividad en el trabajo; 3) una cultura abierta y de movilidad; 4) la promesa de una prosperidad compartida; finalmente 5) el ideal del declive del Estado”¹ (p. 82).

En la segunda parte del primer capítulo, el autor retoma cada uno de esos puntos para demostrar que lo que ocurrió en el mundo real fue exactamente lo contrario, un poco como si el triunfo de la ideología californiana no pudiera terminar de otra forma que como un mal viaje de ácido. Así, luego de una efímera ilusión en cuanto al dinamismo del mercado, queda claro que el triunfo del Consenso de la Silicon Valley se tradujo en la conversión de simpáticas *startups* innovadoras en feroces monopolios. Para Durand, la naturaleza misma de la *startup* y su baja tasa de éxito implica estrategias de crecimiento agresivas que llevan a que “la audacia inicial se transforma entonces, cuando el impulso disminuye, en apetito voraz para la apropiación de los proyectos de los demás”² (p. 88). En cuanto a la segunda promesa, la experiencia de los empleados de Amazon teleguiados en un centro de logística por un casco cuya voz se puede trabar pidiendo un número de pedido no luce atractiva. Como lo destaca el autor, las nuevas formas de trabajo no se basan en motivos solamente económicos sino también políticos: “el economista polaco Michal Kalecki lo había subrayado en su momento, la disciplina en las usinas y la estabilidad política están más apreciadas por los empresarios que las ganancias”³ (p. 123). La polarización espacial de la Silicon Valley acompañada de desigualdades raciales y de género más marcada que en otras partes del país es la otra cara del modelo. Y si bien las rupturas tecnológicas de la Silicon Valley catapultaron sus empresas emblemáticas al firmamento de los índices bursátiles, Durand constata la desaceleración continua de la productividad y del crecimiento a la par del aumento del subempleo crónico y del endeudamiento privado. Finalmente, aparece el distanciamiento de la Unión Europea de la frontera tecnológica al aplicarse ingenuamente las recetas del nuevo consenso cuando Corea del Sur, Rusia y China, arrancando casi desde cero, lograron impulsar desde el Estado sus propias firmas en la esfera digital. Nada sorprendente para el autor que recuerda que, detrás de la Silicon Valley, estuvo siempre el rol decisivo de los programas públicos del gobierno federal estadounidense.

Feudos en el ciberespacio

En el segundo capítulo, Durand se concentra específicamente sobre los mecanismos de control y dominación que despliegan las plataformas digitales. Por un lado, está el poder de los algoritmos para orientarnos en nuestras elecciones, aunque nunca de manera neutral. No solamente cualquier algoritmo tiene el sesgo de su programador, sino que plataformas como Amazon utilizan la información que tienen de nosotros para poner en ventaja sus propios productos. Por otro lado, está la reducción constante de la privacidad exigida por el buen funcionamiento de las plataformas. Un aspecto del cual los pioneros digitales ya tenían plena consciencia en sus inicios: “la comercialización del Web exige un régimen de vigilancia cuya sostenibilidad política es incierta”⁴ (p. 239). Es que según el autor los puntos de extracción de datos originales, de los cuales se nutren los algoritmos, son escasos contrariamente a lo que la denominación *Big Data* podría sugerir. Existe entonces una batalla implacable entre las plataformas para conquistar los puntos neurálgicos del ciberespacio, lo que explica que las estrategias de expansión de las plataformas no sean verticales u horizontales, sencillamente se despliegan como rizoma sobre las fuentes de datos.

En este capítulo, Durand dialoga también con las advertencias de Zuboff en cuanto a la lógica de vigilancia y de su concepto de *Big Other* que abren las puertas del pilotaje de nuestros comportamientos por algoritmos conociéndonos potencialmente mejor que nosotros mismos: “con 30.000 atributos por individuo y dispositivos de rastreo múltiples y enredados, se sabe mucho sobre cada uno”⁵ (p. 262). Pero lejos de quedarse con la apología del individuo liberal, el autor agrega el efecto de cerradura inducido por la mediación que ofrecen las plataformas. La calidad de servicios proporcionales a la cantidad de datos recolectados y la poca interoperabilidad que tienen las plataformas entre sí llevan a una dependencia de sus usuarios.

1 Ibíd.
2 Ibíd.
3 Ibíd.
4 Ibíd.
5 Ibíd.

La *gig economy* con sus trabajadores considerados como autónomos les evita todo tipo de cargas sociales y eso está en el corazón de su rentabilidad. Las plataformas se constituyeron entonces en verdaderos feudos y tanto trabajadores como consumidores están atados a una gleba digital, nos dice el autor.

En este capítulo Durand vuelve también sobre la experiencia china de crédito social cuyos aspectos político-sociales han sido ya muy comentados en las ciencias sociales. Aquí también el autor trata de rescatar el aspecto económico, en este caso la necesidad de resolver los excesos de corrupción y pérdida de confianza generados durante varias décadas de liberalización y privatizaciones desenfrenadas. No por nada el término *sheshui xinyong* utilizado para ese sistema de notación constituido de varias bases de datos se remite a la noción de integridad. Para el autor este sistema de crédito social se trata entonces de una adaptación del Consenso de la Silicon Valley al capitalismo de Estado chino con dualidad entre el arraigo polanyiano de lo económico en lo social y el aparato de vigilancia.

La renta del monopolio intelectual

El tercer capítulo es la ocasión para Durand de detenerse sobre el impacto del fortalecimiento de la propiedad intelectual en las cadenas globales de valor: “Las nuevas barreras limitan ahora drásticamente las oportunidades de inversión, lo que ralentiza la acumulación y el crecimiento en los países ricos, obstaculiza el desarrollo de los países del Sur, y explica la fuga hacia adelante de los capitales ociosos que alimentan la inestabilidad financiera”¹ (p. 384). Ya existía la formación de una nueva renta por los rendimientos de escala casi infinitos de activos intangibles como los *softwares* y el *know how* organizacional que despegaron con la difusión de las TIC. Hoy nos explica el autor, se suma el proceso de “renta de innovación dinámica”² (p. 392) a través del control y la centralización de los datos que se generan a lo largo de las cadenas globales de valor por las empresas que las dominan. Estas últimas se benefician entonces de un monopolio intelectual sobre estos datos que les permiten “aprender de los procesos productivos y comerciales de sus socios y utilizar esas informaciones para afilar su propia capacidad de innovación”³ (p. 397). El elemento clave de la revolución digital no es por lo tanto la desmultiplicación de los flujos de datos, sean personales o propios de procesos industriales, sino el monopolio intelectual sobre la extracción de esta información para captar valor.

La hipótesis del tecno-feudalismo

El inicio del último capítulo revisita las características propias del feudalismo medieval. Una de esas es la racionalidad de optar por una lógica de rapiña en un juego de suma cero donde la meta no es “el mejoramiento de la eficiencia productiva sino el control de la tierra y de los hombres que la trabajan”⁴ (p. 451). Ello permite al autor fundamentar más precisamente su analogía entre la era digital y la feudal. Durand vuelve entonces sobre la interdependencia asimétrica entre los individuos, organizaciones y los algoritmos que constituyen los servicios digitales. Por un lado, la convergencia de una masa de datos hacia determinadas plataformas mejora la eficiencia de sus servicios. Por otro lado, los costos cada vez más altos para cambiar o pasarse de plataforma digital refuerzan su posición dominante vis a vis de los usuarios. Finalmente, el autor muestra cómo esta nueva renta se concentra a través de “mecanismos de captura permitiendo a los capitales alimentar sus ganancias por retenciones sobre esta masa global, limitando su implicación directa en la explotación y desconectándose de los procesos productivos”⁵ (p. 479).

Para Durand, el motor del capitalismo de plataformas ya no es la lógica de competencia sino la combinación de los rendimientos crecientes casi infinitos de lo digital con el monopolio intelectual sobre la extracción de datos. En esta configuración, ya no prevalecen las inversiones productivas sino la lógica de depredación por el control de estos sitios. Ahí reside, según el autor, la ruptura mayor para el capitalismo en cuanto modo de producción.

1 Ibid.
2 Ibid.
3 Ibid.
4 Ibid.
5 Ibid.

Más allá del tecno-feudalismo

Luego de la conclusión, se encuentran dos anexos: uno sobre el aspecto político que conlleva cualquier cálculo de productividad y otro sobre las distintas corrientes *antitrust* existentes en Estados Unidos de América. Este segundo anexo es muy interesante y tal vez hubiese merecido ser desarrollado dentro del cuerpo del libro dadas las expectativas existentes de que se aplique alguna sanción judicial contra los GAFAM. El autor describe la oposición entre el movimiento *antritrust* reduccionista de Chicago, que se enfoca sobre el bienestar del consumidor supuestamente monitoreable con la variable precio, y el “*antitrust hipster*” (p. 556) para el cual la lógica de competencia es un fin en sí. Mientras el primero, predominante desde los años ochenta, es mucho más benévolo con la formación de los gigantes de la economía digital, el segundo persigue el espejismo de una economía constituida de *entrepreneurs* digitales. El problema para Durand, es que ninguno toma en cuenta la transformación ocurrida en la esfera productiva y las consecuencias de un eventual desmantelamiento de plataformas cuyas eficiencias descansan justamente sobre su posición de monopolio.

A la hora de las polémicas sobre el poder acumulado por las plataformas digitales, la lectura de este libro resulta muy útil para las personas interesadas en este debate. El hecho de que Durand amplíe la focal desde la pérdida de libertades individuales implícita a la emergencia de este poder hacia cuestiones económicas le da aún mayor relevancia. Sin embargo, entre los argumentos demoledores en cuanto a las promesas del Consenso de la Silicon Valley y el callejón sin salida que sería una severa aplicación de las leyes *antitrust*, queda la cuestión ardiente de las alternativas. Por lo general, son alusiones que aparecen de manera esporádica a lo largo del libro con la posibilidad de saltar desde el cierre actual hacia una mayor socialización de la esfera productiva apoyada sobre las nuevas herramientas digitales. Esa idea de una reapropiación colectiva de la potencia social captada por los algoritmos se desarrolló también en varias corrientes marxistas contemporáneas y planteos aceleracionistas de izquierda. Si bien está claro que estudiar estas alternativas no es el propósito del libro, evocarlas sin que quede claro cómo tal cambio podría hacerse realidad puede dejar alguna sensación de frustración.

Tal vez se podría destacar además un hueco teórico entre los esbozos de salida y la ideología del Consenso de la Silicon Valley. Uno no puede dejar de pensar por ejemplo en eventuales pasarelas con los aportes de la teoría de la regulación, que también analizaron la financiarización de la economía como una lógica de depredación. Así existen planteos de autores de esta corriente sobre un posible cambio del régimen de acumulación actual incluyendo su vertiente digital que no implicaría necesariamente una salida anticapitalista. Esa ausencia de conexión es curiosa ya que el autor no desconoce este enfoque y también se interesó específicamente en la lógica financiera con su libro anterior: *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro* (2018). En este sentido, hubiese sido muy interesante integrar esas perspectivas adyacentes aunque sea para criticarlas.

Más allá de esas consideraciones, queda la preocupante advertencia de Cédric Durand: marchamos hacia una distopía angustiante de la cual ni siquiera nos salvaría la desintegración de los nuevos feudos. Se dice que de un laberinto se sale por arriba, habría que encontrar la manera con uno digital.